

tor de Vélez, en donde volveremos a encontrarles en el próximo número.

Fray Tinieblas.

EL HUESPED DEL COMEDOR

(De nuestra colaboración.)

No hay casa de huéspedes donde no exista algún pupilo infeliz, víctima de las conveniencias de la patrona. A este ser desventurado suele llamárselo el huésped del comedor, porque ocupa la alcoba correspondiente a esta pieza; y dicho se está que allí recibe directamente las puras emanaciones de la comida y tiene que soportar el ruido de platos y tenedores, aunque esté con jaqueca.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, he sido huésped también; pero no tenía mi alcoba en el comedor. El que la disfrutaba era D. Bernardino, ex-oficial segundo de administración civil, y poseedor de un sueldo de treinta mensuales, limpios de polvo y paja.

Cuando se presentó en casa de D. Ramona, solicitando su ingreso, en clase de huésped, habló con la mayor franqueza, porque él es hombre muy claro y muy formal.

—¿Qué dice V.?—interrumpió D. Ramona. —¿Se quiere V. comparar con los pupilos? Yo le tengo á usted en doce reales y medio, porque me ha dado V. lástima, que por lo demás, maldito lo que gano.... ¡Pues hombre! si solo de lechuga es V. capaz de comerse un barreno.

D. Bernardino callaba y sufría, porque era pundonoso y había sido criado en buenos pañales. Solo de vez en cuando entraba en mi habitación, para desahogar su pecho.

—Yo ya no puedo más—me decía enjugándose el sudor.—Se me escatiman los alimentos, se me tasa todo: hasta el agua fresca. Tenía un pedazo de estera en mi alcoba y ayer me la quitaron para hacerle una cama al galápagos, con la disculpa de que está delicadito.

Las peores sábanas eran para el huésped del comedor, y un día que se quejó de falta de abrigo, le echaron sobre la alcoba una manta vieja, que era la que utilizaban para planchar encima. Mientras no había que hacer esta operación, todo iba perfectamente, pero á lo mejor estaba D. Bernardino sudando un catarro y entraba en su habitación D. Ramona, diciendo:

—Ea: yo me llevo esta manta!

—¿Para qué?—se atrevía á preguntar el paciente.

—Para plancharle la elástica á D. Casimiro, que tiene que ir á una comida de campo y quiere llevarlo todo muy decente por si hay que desnudarse.

A D. Bernardino no se le permitía bromear con la criada, como lo hacían los otros huéspedes, y una vez que le vió doña Ramona hablando con la chica detrás de una puerta, le puso las orejas coloradas diciéndole:

—En mi casa no quiero eso ¿sabe V.?

—La estaba suplicando que pasara una escoba por debajo de mi cama. Allí debe de haber sapos y culebras. Por de pronto, el otro día fui á buscar una bota que se había extraviado y encontré una jaula, dos pucheros y un acordeón roto.

Siempre que D. Bernardino se sentaba á comer, D. Ramona se colocaba de pié á su lado para llevar la cuenta de las tajadas y hacerle á media voz advertencias depresivas.

—No se ponga V. tanto tocino... ¡Jesús! ¡qué manera de destrozar el queso! ¡Porque no come V. la corteza?... ¡Qué fino se ha vuelto V.!

Y el hombre sufría y callaba hasta que una noche, cansado de aquella existencia cruel se levantó de la mesa furioso... y se fué á vivir á otra casa de huéspedes de á diez reales con principio. Allí ocupa el mejor gabinete, merced á sus doce reales y medio de pupilaje, y mira con profundo desdén al huésped del comedor, que no paga más que siete.

Luis Taboada.

(Prohibida la reproducción)

—Pero si estoy toda la mañana dando voces....

—Yo no tengo más que dos manos y mientras cuece la cataplasma, no puedo dedicarme á otra cosa, porque á D. Atilano le gusta todo muy bien hecho y como es el huésped que más paga, hay que servirle de cabeza.

—Bueno: pero yo también pago.

—¿Qué dice V.?—interrumpió D. Ramona. —¿Se quiere V. comparar con los pupilos? Yo le tengo á usted en doce reales y medio, porque me ha dado V. lástima, que por lo demás, maldito lo que gano.... ¡Pues hombre! si solo de lechuga es V. capaz de comerse un barreno.

D. Bernardino callaba y sufría, porque era pundonoso y había sido criado en buenos pañales. Solo de vez en cuando entraba en mi habitación, para desahogar su pecho.

—Yo ya no puedo más—me decía enjugándose el sudor.—Se me escatiman los alimentos, se me tasa todo: hasta el agua fresca. Tenía un pedazo de estera en mi alcoba y ayer me la quitaron para hacerle una cama al galápagos, con la disculpa de que está delicadito.

Las peores sábanas eran para el huésped del comedor, y un día que se quejó de falta de abrigo, le echaron sobre la alcoba una manta vieja, que era la que utilizaban para planchar encima. Mientras no había que hacer esta operación, todo iba perfectamente, pero á lo mejor estaba D. Bernardino sudando un catarro y entraba en su habitación D. Ramona, diciendo:

—Ea: yo me llevo esta manta!

—¿Para qué?—se atrevía á preguntar el paciente.

—Para plancharle la elástica á D. Casimiro, que tiene que ir á una comida de campo y quiere llevarlo todo muy decente por si hay que desnudarse.

A D. Bernardino no se le permitía bromear con la criada, como lo hacían los otros huéspedes, y una vez que le vió doña Ramona hablando con la chica detrás de una puerta, le puso las orejas coloradas diciéndole:

—En mi casa no quiero eso ¿sabe V.?

—La estaba suplicando que pasara una escoba por debajo de mi cama. Allí debe de haber sapos y culebras. Por de pronto, el otro día fui á buscar una bota que se había extraviado y encontré una jaula, dos pucheros y un acordeón roto.

Siempre que D. Bernardino se sentaba á comer, D. Ramona se colocaba de pié á su lado para llevar la cuenta de las tajadas y hacerle á media voz advertencias depresivas.

—No se ponga V. tanto tocino... ¡Jesús! ¡qué manera de destrozar el queso! ¡Porque no come V. la corteza?... ¡Qué fino se ha vuelto V.!

Y el hombre sufría y callaba hasta que una noche, cansado de aquella existencia cruel se levantó de la mesa furioso... y se fué á vivir á otra casa de huéspedes de á diez reales con principio. Allí ocupa el mejor gabinete, merced á sus doce reales y medio de pupilaje, y mira con profundo desdén al huésped del comedor, que no paga más que siete.

Luis Taboada.

(Prohibida la reproducción)

DESDE MADRID

Sr. Director de LA LINTERNA.

La lírica funeral se ha echado á la calle con ropa negra, y los periódicos han venido estos días exhalando ¡ay! un tufillo á jaramago *adiz* inaguantable. La conmemoración de los difuntos ha sido pretexto de abundante inspiración.

Un poco antes de esa fecha se preparaban los vestes á evacuar dedicatorias elegíacas:

es decir, que ha habido premeditación y todo.

A mí me preguntó lo siguiente un amigo que cultiva ese género aunque debiera cultivar la tierra:

—Oye, ¿á tí se te ha muerto alguien?

—Hombre, sí: hace poco se me ha muerto el zapatero.

—¡Pobrecillo!

—Ha sido una lástima porque era muy listo: calzaba muchos puntos.

—Pues voy á dedicarle algo. ¿Qué tal?

—No me parece mal.

Y fuése.

«Yá ni en la paz de los sepulcros crean porque hay muchos que se meten con los vivos y con los difuntos.

De la invasión poética de estos días guardo muestras notables. Una para ejemplo:

«Vayamos á rezar *mil* oraciones al triste cementerio iluminado con la luz de los funebres blandones.»

Vayamos, pues, y doblemos la hoja. Porque eso de los blandones no vá con los espíritus fuertes.

El invierno ha hecho su aparición y las gentes le han recibido con *frialdad*, lo cual se comprende, porque el verano les cuesta muchos sudores y no se resignan á perderlo.

Con el invierno han venido las lluvias, y con las lluvias el espectáculo favorito de las clases bajas, la contemplación de los bajos, una bajeza de los que se dedican á examinar muchachas de Buena-vista y demás barrios, las cuales en los días de lluvia llevan el vestido hacia Levante, al paso que sus levantiscos admiradores no levantan la mirada sino que la bajan humildemente al suelo.

Y se comprende que la bajen, porque hay bajos... que parecen señores.

—Venga V. á la Puerta del Sol cuando llueva,—me decía un amigo—y verá V. lo bueno, lo bonito y lo barato.

—¡Anda anda! Anuncian el género como la zapatería de las tres bes.

Y los hay que se pasan el tiempo de sequía cantando aquello de *El año pasado por Chuca*:

«¡Qué llueva! ¡qué llueva!....»

Etcétera. En una de esas funciones gratuitas que se dan al aire libre, mejor dicho al agua libre, me decía un compañero de localidad:

—Fijese V. en eso.

—¿En cual?

—En eso;—y señalaba una curva de carne.

—Ya me fijo.

—Hágase V. cargo.

—De buena gana....

—Pero ¿no se queda V. bizco?

—No puede ser.

¡Oh, Cánovas!

Yo y tú estamos libres de esas metamorfosis: somos espíritus superiores; y además ya tenemos oblicuo el mirar.

A Gedeon le recitan una charada:

«Cuando tu *prima segunda* te dió el *todo* sin querer»....

—Poco á poco, señores—dice Gedeon interrumpiendo: con mi prima hermana tengo cierta confianza, pero con mi prima segunda, no.

Una vieja poco simpática, dá las gracias á un pintor jóven que acaba de terminar su retrato.

—Es V. un pintor inmejorable,—dice ella. Y él responde modestamente:

—¡Oh, señora! Yo no soy más que un pintamonas.

En la escuela:

—Vamos á ver, niño. *Purgar* ¿qué palabra es?

—Verbo *deponente*.—JOSÉ CUARTERO.